

**AL SEÑOR MARQUES DE
MENAHERMOSA,**

**(Dn. Joseph de Llamas),
Brigadier de los Reales
Exércitos de S.M. Cabo Princi-
pal del Callao, Theniente de
Capitán General de S.E.
Comandante General de las
Fronteras de la Provincia de
Tarma
D.O.C.
(1751)**

La presente Crónica de soldado nos narra la entrada al pueblo de Quimiri realizada por el ejército español y comandada por Dn. Joseph de Llamas y su posterior regreso a Tarma. Ha sido transcrita de la colección Perú-Varios de la biblioteca del P. Rubén Vargas Ugarte (T. XII) ubicada en el Colegio de la Inmaculada en Monterrico, respetándose la ortografía de la época, de acuerdo á las Normas de Transcripción de Documentos Hispanoamericanos. Sin embargo, hemos preferido modernizar la acentuación y, en algunos casos, la puntuación con fines obvios. (Odín del Pozo O.)

Costumbre ha sido inalterable en el imperio de las letras, consagrar a los grandes Héroes, todos los que han de dar a la prensa sus tareas; o porque sirva de presidio a la envidia su respeto, o porque logre el Autor, el auspicio feliz en su Mecenás. Son los libros, una memoria eterna de los hechos, que apostando a duraciones con el tiempo, cuanto éste borró con la carrera de los siglos; los repiten aquellos, con la lección de los sucesos. Son un Arte de conservación contra la injuria del olvido, que enemigo traidor de las azañas, o con la misma pretensión las aniquila, o con la propia distancia las confunde; pero encuadernándolas la historia en los volúmenes, quedan indelebles, de embalsamadas las noticias.

Son una viva pintura de los ínclitos, y famosos que dibujan, pues copiándose en ellos sus glorias, y sus triumphos, dan a conocer al mundo, la imagen de sus virtudes por la estampa. Son una lámina perpetua de la fama, en que baceada la Estatua a los golpes de la pluma, la misma fragilidad de el papel, que la mantiene, viene por una vida intelectual, a quitarle lo caduco.

En ellos viven la imitación, los grandes hombres, no sólo por lo que incitan a las altas empresas con su exemplo, quando porque repasando los postreros su Historia, buelben por la comprehensión de estos, a resucitar en el elogio sus proezas. Assí, que en un círculo de vitalidad, vuelven a nacer de ínclitos los que murieron de vivientes, al contrario de aquellos que no teniendo Coronistas de su aliento, terminaron su honor con el sepulcro. Cantólo assí no menos dulce, que verídico Oracio,

Licuit, semperque licebit.

Signatum precente nota producere nomen.

Vt sylae folijs pronos mutatur in annos.

Prima cadunt, ita vervorum vetus interit atas.

¿Qué fuera del Griego Achilles valeroso, si las agudas plumas de Homero, y de Virgilio, no le hubieran dado a todas sus Conquistas más Laureles? ¿Fueran más que un Cadaver de valor, que en vez de llamar a la imitación con el esfuerzo, perdieran el esplendor con la ceniza, reduciéndose a débil polvo la arrogancia? ¿De qué le huvieran aprovechado a Julio César sus conquistas, ya venciendo a Pompeyo en los Campos de Pharsalia, ya sujetando en Egipto a Ptolomeo, ya unciendo el carro de sus glorias los Scipiones Africanos, si la elegancia de Suetonio, en cada período de su libro, no hubiera subido al mejor punto sus grandezas? ¿Cómo quedara vinculada a la veneración el nombre de Alexandro, si el ingenio de Plutarcho, no le describiesse en su vida el título de Magno, que le grangearon sus trópeos? La fama sería un ocio de noticias, en vez de ser una dulce pregonera de

heroicismo, si le faltara a su trompa el canto, y el motivo. Así lo discurrió en su poética Oracio.

Martialia fácta peribune.

Nendum armonum flet honos e gratia viucex?

Multa renascentur, que iam ceciaere, undentque.

Que nure Sunt in honore, si volet ifus.

Penes quem arloucum it, e vis, e norma loquendi.

Estimulado de estos acreditados pensamientos, determiné Señor dar al público la entrada de V.S. a la Montaña, que por lisonja de mi suerte, vino mal escrita así a mis manos y apenas hize empeño del dictamen, quanto me salieron al paso el afecto, y el temor, que armadas en campal batalla de discursos quanto el uno vencía de constante, se retiraba el otro reverente. Porque es la ilustre persona de V.S. como el Sol, que al paso que aficiona con sus luces, siega igualmente con sus resplandores, o como el cuerpo esférico, que por más que lo gire el desvelo cuidadoso, por todas partes es principio, pero por ninguna término; mas cómo no había de ser así, si es V.S. un círculo de glorias, que siendo símbolo de su heroicidad, es el principio, y fin de su alabanza. Contemplaba a V.S. mucho Numen, para tan corta Ara. Grande simulacro para tan poco Trono, y que sólo el templo de la inmortalidad, era proporcionado a tanto Marte. Pero venció el amor las cobardías del respeto, y ensendiendo la llama al olocausto, quedó humeando veneraciones el incienso.

Temí la emulación, que es mucho infierno, para no ser pena. Sobresaltábanme la embidia, que es terrible enemigo para no ser susto, y sobre todo acobardábame el respeto, que es muy grande para no ser culto. Masal sin señor en tanto Carybdis de consternación, arribó el roto leño a las orillas, y besando inherente las atenas, burló de los escollos en seguro.

Discurrí en el principio buscar un Protector para este Diario, mas luego que contemplé a V.S. caminando treinta legua por la Montaña, donde era preciso que pisasse la mano para que hallase el pie, que rosasen los filos para que entrasse el corte, y que se esparsiessen los gustadores para que penetrassen las escuadras, que era toda la expedición a su costa, sin defraudar el Real Herario, rindiendo a la razón, y a su Rey a aquel rebelde; tomando para sí el afán, y la fatiga, me pareció que sólo debía V.S. ser el Mesenas, pues que aun mismo tiempo, la Historia y el suceso, el famoso y la conquista, donde era cada rama de inculta bárbara maleza, un frondoso laurel de sus asañas, y una palma inmarcesible de sus victorias, que fecundadas del sudor noble de su frente, algun día pasarán desde bástago a Diadema. Mudé pues con

esto de dictamen, y dediqué a V.S. sus proesas regalándome en esto a la más segura Ley de la Justicia, porque dar al César lo que es del César, pasó de correspondencia, a ser precepto.

De V.S. era el diario, de V.S. la entrada, de V.S. los trabajos, pues ¿cómo no han de ser de V.S. las protecciones? Que al menos lograrán como tan propias, lo que perdieren porque yo las describo, correrán así indemnes del peligro, pues ya V.S. les previno sus aciertos.

En este pequeño mapa verán las edades más futuras los progressos de V.S. en la América, a que hazen correspondencia los clarines de la Europa. Sentirán no haver conosido el original, pero adornarán la copia, admirarán abrebiando en corto volumen grande Héroe, conociendo al gigante por el dedo, que no es muy fácil reducir mucha demarcación a pocas líneas, ni circunscribir a término lo inmenso.

*Aut facile estaiunt Completi plurima paucis
Nec prontum in tabula pingere lata brevi*

En V.S. adquirirá disciplinas el Soldado, ardidés el Capitán, industrias, el Xefe, y prevención el Comandante. Pues será a V.S. que echo constancia entre las aguas, que le disparan las nubes, y le manan las serranías, no parece transeunte, sino escollo, pues más firme que roca a sus embates, ellas huyen presurosas de vencidas, y V.S. permanece animado alabastro a sus reflexos, ellas desbraban la cólera de su enojo en las espumas, y V.S. los buelbe nevado penacho en sus victorias. En V.S. contemplará la posteridad ambiciosa que hecho el Decio de su Patria, y el Príamo de su Reino, da por cange debida la sorpresa, pues herido en una pierna al entrar en el Puerto de la Sal, pospuso todo el precio de su salud, al honor de la facción, quedando sólo con la escolta de doze hombres, que más heran compañeros que seguro; haora sí [sic.] que hizo V.S. verdad de su persona, lo que soñaba el Poeta en sus delirios.

*Omnia si perdas, faman sernare memento.
Qua seinel amissa, postea nullus eris.
...Vitamque volunt pro laude pacisci.
Virg./Eneida.*

Reciba pues V.S. dibujado por diseño lo mismo que en aquellos Campos dejó colocado como Imagen. Acepte el sacrificio, no la mano, reciba el voto, no la materia, y suplá el afecto lo corto de la ofrenda, que en magnífico Templo de sus glorias, no lo profana quien lo solemniza, ni las deslustra quien las exalta.

Esta a la obediencia de V.S.
su mas amante Servidor.

Don Francisco Roldan
Fernandez de Soldevilla.

- I -

Poco aprovechara el valor en la oficina del Pecho, sino pasara a ser actibidades en el brazo, fuera en depósito inútil de esfuerzos el Corazón, si el movimiento continuo que lo agita no imprimiera en la mano sus impulsos. Aun en el hombre conquista racional de lo viviente, son las disposiciones a su forma, pronóstico feliz de su existencia. Por esto, aprendiendo de sí los grandes Héroes en la reglada prevención de sus legiones, formaron el primer paso a sus victorias, como que no vence quien no ordena, ni sabe superar quien no dispone, máxima tan acreditada en la experiencia que su inobcerbancia ha dejado muchos exempláres en la Historia. Mas como el Señor Marqués, no menos nació para afrenta de Marte, que embidia de Belona, pues apenas tenía brazo, cuando ya era triumpho, apenas tenía la cuchilla, ya era estrago, hizo ver en las disposiciones militares, municiones y pertrechos, lo que vale en tiempo la conducta, pues dexas para después lo que es preciso, es una ventura con la necesidad del escarmiento.

Siguiendo esta pericia, preparo para la conducta de bastimentos, ciento y cincuenta Mulas de bagaje, en que se athesora lo más precioso que produce el País, proporcionándolos a la ardentia del lugar de la sorpresa, pues siendo el sumo calor el principal agente en las corrupciones, fue otra providencia anticipada, elegir al gusto del clima, los manjares. Pero porque la mezcla de estos, con los conducidos por el Gobernador D. Benito Troncoso, y demás oficiales de la Tropa, no dificultassen la promptitud en los ospicios, acordó su señoría nombrar un Comissario a cada peara de diez Mulas, para que asociado de los Peones y Arrieros, respondiessé por memoria el cargo que se le hiziesse de su abasto, siendo este orden motivo de haverse ebitado la confusión que ocasiona la misma pluralidad de cargar en los estrechos.

Apromtado todo a punto de marcha, el diario de Julio del año de 750, se fijó éste por perentorio para aquella. Formáronse tres Compañías de Caballería arrastradas por el Comandante Don Francisco Zenteno, Don Joseph de la Peña, y Don Clemente Collas, que entretegidas con la bariedad que formaba la misma espectación del Pueblo, que atendía, dibujaba una vistosa primabera en el matís de los Uniformes, el resplandor de las Cuchillas, la destresa de los caballeros, y el concertado rumor de los Clarines, estaban

acreditando en su bien ordenado aparato la Victoria; pero como ésta solo la da al Señor fuerte de los éxercitos, se imploró su auxilio con el Santo Sacrificio de la Misa, que a las seis de la mañana se cantó con solemne pompa, siendo la primera de la Rogativa, que a expensas de su Señoría, y orden suyo, se continuó desde aquel día a Nra. Señora de el Milagro en su Capilla. Feliz auspicio, pues aseguraba en su mismo ruego el vencimiento, porque siendo la bendita Jael de gracia, era imposible dejar de mostrar del más valiente Sifara el orgullo. Finalizada la Rogativa, empezaron su militar recitado los Pífanos, Caxas, y Clarines, a cuyo concertado Compás que por ser las seis del día pareció salba de la Aurora; marchó desfilada la Tropa al Pueblo inmediato de Acobamba, dos leguas de distancia del primero, haziendo comboi al Señor Marqués hasta su mediación las personas, más distinguidas del Pueblo de Tarama, Caveza del partido, desde donde a instancias de su Señoría que les admitió el obsequio evitándoles la fatiga se restituyeron a sus Casas, pagándolas esta amistosa política etiqueta, con dos Compañías acuarteladas de a 80 hombres cada una, al cuidado de D. Juan Joseph Arnedo, y Don Joseph Coronel, sus capitanes, para que hallassen precidio en sus congojas, y un formidable escudo en cualquier enemigo rebato; pues en el Theniente de infanteria Don Bernardo de Villegas y el Maestre de Campo Don Andrés Barrientos, Theniente General de Corregidor, quedaba un caudal de balor para disponer el socorro según lo pidiesse la presente providencia del conflicto.

Siguió el esquadron para Acobamba, donde recibieron igualmente a su señoría los Capitanes Don Juan de Herranz, D. Phelipe Gonzales, Don Juan Joseph Gurmendi, y Don Joseph de Suasnabar, con todas sus Compañías formadas en la Plaza Mayor, que incorporadas con las tres que se apuntaron, hazían una lizonja agradable de los ojos, emulándose recíprocamente, no menos en el valor, que en las divisas los nobles Capitanes. Aquí hizieron alto, y alojadas por su orden en Quarteles, durmieron sobre las armas, quedando en vigilia las prevenciones, para que con el Santo, Seña y contra Seña, pudiesen tener paso franco las sentinelas.

-II-

Amaneció el día 11 orientando el Sol con sus fogosas Pías y doradas las cumbres de los Montes con sus rayos, empesaron a formarse en la Plaza de Acobamba, las ocho Compañías, desde donde partieron al pueblo de Guasaguasi que se halla quatro leguas de distancia. Y aquí fue menester que el Señor Marqués se esforsasse de balor, infundiendo aliento en sus Esquadras, para penetrar lo fragoso de la Sierra, porque siendo éstas tan peinadas que

forman en cada ladera un precipicio, hubiera sido antemuro el mismo paso si para lo inaccesible de las questas, no hubieran encontrado las Compañías en la valentía del Señor Marqués los exemplares, porque siendo el primero que afrontaba los peligros, dejaba llano el camino, con su misma arrogancia a los sequases.

-III-

Es la interrupción en las Jornadas, un modo maravilloso de caminar sin movimiento, pues recobrándose de la fatiga en el descanso, se adquiere nueva agilidad en la carrera. Por esto, conociendo el Señor Marqués que de continuar la marcha siguiendo el paso de ella los bagajes era demorar el abanze al Enemigo, labrándole con la misma detención el resguardo en la noticia, determinó cuerdamente dimidiar el carruaje, proporcionando a la carga las jornadas, para cuyo seguro, hizo que fuesen en su comboy, las dos Compañías de infantería reglada, y las dos Milicianas de Acobamba, de cuyo fuerte, hizo sacar dos Cañones, con sus municiones y Artillero, y como todas estas prevenciones necesitaban de algún espacio, hizo manción su Señoría con toda su esquadra, quedando assí dispuestas todas las cosas necesarias, para seguir la Jornada el día siguiente.

- IV -

Fue este el 13 de Julio, en que después de haver oído Missa, aún más temprano que los anteriores, por la distancia de la Jornada, que había de ser al sitio de Gualpa, cuyo intermedio era de cinco leguas, se aprontó la Marcha de la Tropa. Y en el exordio del camino, se empessaron a notar las arduidades del paso, pues habiendo de ser este indispensablemente, por Questas asperísimas, laderas peinadas, y cuchillas angostas, contemplando lo evidente del riesgo, aun la vista se apartaba del principio temiendo que no fuese la contemplación de los ojos, realidad de los recelos pero lo acreditó la experiencia, aunque con felicidad en los acasos, siendo el primero el que fatigada la Cabalgadura con un cañón de artillería; como éste que no se pudo asegurar con cuerdas y ataduras como el demás bagaje, rodó precipitadamente, ocasionando su propia pesadumbre, su despeño. Mas, a industrias del Señor Marqués y demás oficiales, se consiguió su restauración, dando por bien empleado todo el trabajo antecedente, por haber logrado un arma tan importante, no menos para el terror, que debastación del Enemigo. Dificultó mucho su mismo calibre la subida, y también un caudaloso Río, que atrabiesa el tránsito tan formidable en su curso, que aun en tiempo de secas es espanto

porque cobra en avenidas de piedra, todo lo que le falta de caudales de Agua por su bado.

El segundo acaecimiento fue, el del Capitán Don Joaquín Velapatiño, a cuya Cabalgadura habiéndosele rebentado las arritrancas y baticola, con la misma fuerza que imponía en la baja de un despeñadero, trastornada la gineteta, quedó asido del Pellón con una espuela, y hubiera rodado miserablemente si la Mula temiendo con instinto su peligro, no se hubiera afianzado sobre las manos, dando tiempo con esta maravillosa retención, a que hechando pie a tierra le socorriesen los Soldados.

Reparados estos sucesos, continuó la Marcha para el sitio de Gualpa, sin más novedad que la que por instantes ocasionaba lo fragoso y empinado de los Montes, en que aumentado tal bes, con sus alas muchas ruinas. Pero a pocos pasos que no había combalecido el temor del sobresalto antecedente, volvió a nacer otro cuydado, porque el R.P Fray Salvador Pando, Capellán de el Ejército, mintiéndole seguridades en mal paso, se atolló de tal suerte que apenas pudieron salbarlo del conflicto. Con esta bariedad de infortunios, llegó el Ejército al sitio, o campamento de Gualpa, donde recibieron a su Señoría las Compañías que habían marchado el día antecedente, y unidas con la Tropa, saludó Don Thoribio Ydalgo, Capitán de Partidarios, a su Señoría, dándole razón de lo que había notado desde que salió destacado de Acobamba, para Comboi del ganado, y gastadores, y repitiéndole el Señor Marqués los acontecimientos de su Jornada, se retiraron según Orden Militar a sus Cuarteles, repasando su Señoría por su propia persona las sentinelas, y más consiguió sus cuydados, pues en su persona como en sentro remataban las líneas de todos los Acontecimientos de la circunferencia de su Ejército.

-V-

Concluida la noche, amaneció el día 14, y siendo assí que con la mutación se alternan las dessdichas, no hubo diferencia en las fatalidades; porque despues de haver oydo Missa, cargado el bagaje, y formadas las Compañías, enderesó la Tropa, por su orden al Campo de Yanama, tres leguas de distancia de la de Gualpa, y quedando esperaba el Ejército mejorar de fortuna por el sitio, se halló, con otro peligro continuado, de manera que no paresse que se quedaban atrás los precipisios, sino que le iban produciendo de unos en otros los despeños, compensando la longitud del anterior camino, con la pluralidad de los pantanos y laderas tan agudas, que la misma pedresuela desasida ignoraba encontrar con su sentro siendo grave. En una de esas se vio en el último conflicto, un soldado de Infantería a quien a vista

del lugar para hazer alto se le despeñó la Mula con tal biolencia, que haziéndose pedasos, se libró el Soldado por milagro, con la vida. Acampóse la Gente en aquel territorio, reparando con el descanso de la noche, los trabajos del camino.

—VI—

El día quinze despues de haver oydo Missa, en que se pidió a la Divina Magestad, el asierto de la Jornada, hecha la señal de Marcha, se enderesó al sitio de Quisecas, cinco leguas de distancia de Yanama, camino no menos áspero que los antesedentes, pues conforme se iba penetrando al centro de la Montaña, se iban descubriendo más, y más las arduidades, ocasionábanlas el componerse lo más del camino de una lageria mobedisa que pisada por un extremo, volvía el otro a herir la Mula con el filo, de suerte que advirtiéndolo el riesgo que llevaban, no menos las Mulas que las personas, pues ya habían rodado barias Cargas, que a costa de una grande fatiga, se extrageron los más de los Oficiales hecharon pie a tierra, haziendo peregrinacion de la Jornada, a quienes acompañó el Señor Marqués, y el Governador D. Benito, con los R.R. P.P. Prosiguiendo con ese penosso afán hasta donde le dispuso la partida mutuando muchas veses el Ejército de los pies las propias manos, y alojados en un resinto menos malo, dio orden su Señoría se atassen los perros, y se coduxessen fuera del alojamiento, por ebitar que con sus ladridos despertasen en el Enemigo la prevención, y para que mejor se obserbase le entendió el orden a que se diessen muerte al que después de esto se encontrasse.

—VII—

El día 16 después de celebrar el Santo Sacrificio de la Missa cuya devoción debió el primer cuydado entre todos, a su Señoría, marchó la Tropa, con el orden acostumbrado, al paraje Quiullacocha, dos leguas distantes del sitio de Quisecas; y siendo aquel la seja de la Montaña, temiendo el Señor Marqués, que por la asechansa de los Indios, no se perdiessen la empresa meditada por descuydo, dio orden general, para que no le hiziesse lumbre en los Cuarteles, porque la llama de esa, no abisse con el humo, haver gente extrangera en los confines: prebencion muy acordada, pues suelen ser semejantes candeladas, una vos de ardores, que con lengua de luz, esplica la imbacion, al que está en vela.

Aquí, como lugar destinado para el abanze, se prepararon todas las cautelas correspondientes, que se pucieron en planta, el día siguiente, y con

noticia de ellas se presentaron todos los Capitanes, ante el Señor Comandante, deseando cada uno ser el elegido en el peligro, asestando por premio de su merito la preferencia entre los competidores. Lid generosa donde era el deseo de la facción, otra nueva batalla de la heroicidad, y fue menester toda la prudencia de su Señoría, para que no dirimiese la Espada la contienda, zelar hasta el conflicto las elecciones, y assí retirados a sus alojamientos, passaron en duro afán la noche, esperando de la suerte que bastasse a favor de cada uno la sorpresa por lisonja.

-VIII-

Continuó esa inquietud en los nobles Capitanes, hasta el día siguiente 17, en que acusando de peroso al Sol, y sus Caballos, le hizieron descubrir su fogoso Carro, al thenás clamor de sus deprecaciones, y no menos gallardo, que lúcido salió su competencia el Señor Marqués, y puesto en medio del Ejército mandó se bastimentasse la gente con proporción para ocho días, y nombrando a los Capitanes Don Juan de Herranz, Don Juan Joseph Gurumendi [sic.] Don Joseph Suasnabar, Don Thoribio Ydalgo, algunos indios gastadores, y otros prácticos de la espesura, que todos componían juntos con sus Compañías el número de 200 hombres, dio orden que dirigiessen su marcha, internándose por lo más fragoso de los Montes, dejando el camino a la derecha en que por travesía biniessen a salir al respaldo que se contemplaba del Enemigo, para lo que sería preciso pasar el Río, de Ocsabamba, por Puente o por esguaso, según que la oportunidad dispensasse los arbitrios. Asimismo, ordenó su Señoría, que luego que estuviessen de la banda del Río, llamando a junta los prácticos de aquellos Serros y Montañas, examinasse los días que gastaría el Ejército en la travesía discurrida, para llegar por la espalda del Pueblo y, asiento del Rebelde, sin ser sentido, y según lo que se resolviese rasón a su Señoría, para que en un mismo día marchando ambas Tropas de engrosasse todo el cuerpo del Ejército, en el mismo fuerte del Enemigo, para que assí se hiciesse imbecible de unido, el que fuera fácil superarse de disperso acometiendo su Señoría por el frente, y el dicho Capitán atacando con su gente por la espalda. Pero si acaso por algún inopinado lance doblasse las jornadas adelantándose a las que llebaba según lo capitulado con el Señor Marqués, hiziesse en emboscada dando tiempo con ella a que llegasse a la debida proporción la gente, pero si sentido, de alguna espía, reconociesse peligrar en la tardanza la victoria, diesse como prudente Capitán el asalto quedando su Señoría estipulado a executar lo mismo por su parte.

Dados estos órdenes, y enterado de ellos al dicho Don Juan Joseph de Gurumendi, demás con Capitanes, y Soldados que iban a su vos, y comando,

230

después de haver rendido a su Señoría todas las gracias por una elección a que tanto había ansiado dirimiendo con su voto la discordia de deseos que entre todos noblemente se había suscitado, emprendió la Jornada dando a entender con la prontitud de su salidad, el gusto con que había resibido los mandatos.

Luego que marchó el dicho Capitán Don Juan de Herrans, dispuso su Señoría, con aquel caudal de talentos, que quanto más se gasta, más se aumenta, que porque algún involuntario descuydo de los Milicianos, no dicesse ocasión a que el Enemigo vigilante, pudiesse resentir el rumor de la Sorpresa, se destacasse a Don Phelipe de Figueroa, Theniente de Capitán de Don Joseph de la Peña, con veinte hombres los quales abansándose por el camino real con tal silencio que no pudiesen ser sentidos aprehendiessen las espías que el Rebelde, o ya por diciplina Militar o por noticia, pudiesse haver exparcido en los contornos, fiando de la conducta de dicho Theniente Don Phelipe, por la entera satisfacción que con su pronto cumplimiento se había confiado el valor de esta facción, pues en ella iba, o la dicha del acierto, o la infelicidad de la Jornada.

Con esta mesma cautela ordenó su Señoría, que porque exasperados los Conductores, o Arrieros, con la asperidad de los Caminos, no regresassen a la Provincia, dejando en el Campo los bagajes, saliesse una guardia de doze hombres, al cargo del Sarjento Don Joseph de Talabera, para que exparcidos assí por los Senderos de la Cierra escusassen con su presencia a aquella fuga, pues huviera sido un dolor sin remedio embarazar la jente de Armas en la carga, porque el Enemigo no adquiriesse el bigor de su contrario.

-IX-

Concluidos en esta sustancia los tratados de la entrada, y exterminados todos los Canes en virtud del apersebimiento antesedente, se mantuvo su Señoría con las Compañías reservadas en el sitio Quillacocha, el día 18 aguardando a que llegado el Capitán Don Juan de Herrans, a la otra margen del Río de Ocsabamba, dicesse aviso a su Señoría, del cálculo de días que eran nesarios según los prácticos para abanzar por frente y espalda al Enemigo, el de su marcha, y lo demás que huviesse acaesido. Mas como el Señor Marqués no sabía sosegar aun en el descanso, se entretuvo todo el 18 en hazer rebista de la gente, examinar las Armas, establecer las órdenes, y animar a los compañeros en el trabajo, acción propia de su grandeza, pues para promover a los otros al cuydado, era su Señoría el primer exemplar de la obediencia, siendo su perpetua vigilancia, el mejor estímulo de sus Soldados, que

aprendían de su Señoría lo mismo que habían de executar, haziéndose aun tiempo el Maestro, y la lección de su enseñansa.

-X-

Amaneció el día diez y nueve de julio, en el que recibió su Señoría un pliego del Capitán Don Juan de Herrans, notisiándole haber pasado el Río de Ocsabamba, con felicidad. Que el 22 intentaba dar el asalto al Pueblo de Quimiri, y que este fuesse de madrugada porque con lo tupido de la Montaña, poca instrucción de sus entradas, y menos noticia de las Rancherías, o no se propasassen la gente en la surtida, o dejassen al Enemigo por la espalda, siendo la obscuridad de la noche otro Esquadrón de tinieblas, en que sin el golpe de las cuchillas, quedassen los nuestros vencidos de sus sombras.

Con esta resolución, tomó el Señor Marqués la de doblar la escolta para estorbar el regreso a los Arrieros, agregando al Sarjento Talabera, otros doze hombres de guarnición, con el orden de que se mantuviesen en aquel propio sitio, hasta que otra cosa se mandasse, y pasó ya su Señoría a disponer su marcha en la forma siguiente.

Salió el Ayudante Don Francisco Basterrechea con quarenta hombres de Armas para la escolta de los Gastadores, que a golpe del Machete, iban abriendo el camino por estar éste siego de los troncos, y malesas, de la Arboleda que era tan espesa que apenas podía dar entretenido el golpe en la ramazón para asia el sentro, y al mismo tiempo que estos iban cortando, conforme dejaban más patente la entrada, la hiban haziendo la Compañía de Caballos, y con ella el Señor Marqués, el Governador D. Benito Troncoso, el Capitán Don Joaquín de Velapatiño, D. Joseph Martines Gamarra, los R.R. P.P. Capellanes, y el séquito de Criados armados todos a prevención del asalto, y este era el sentro de la banguardia, serrando con las Compañías de D. Phelipe Gonzales, y D. Joseph de la Peña, que iban en la retaguardia.

En este orden llegó la Tropa a Ynchicnioc, tres leguas de distancia del Acampamento antesedente, siendo éste tan estrecho, y senagoso, que no pudiendo transitarse a Caballo, fue menester discurrir a pie la mayor parte, siguiendo en esta inponderable fatiga, no sé si el Señor Marqués a su Esquadra, o ésta a su Señoría, sólo sí, que la noble ambición de la conquista, era la única lisonja en tanta pena, y que émulos los Soldados de su Xefe, ya que no podían superarle, le imitaban.

La noche de este mesmo día, despachó un Espreso el Señor Marqués al Sargento Talabera, prebiniéndole siguiesse su Marcha hasta Ocsabamba,

escoltando siempre las Cargas, y Basajes, y que en caso de haver passado su Señoría antes de que él llegasse a dicho sitio, hallaría allí otro destacamento preparado. Con esta orden partió el Expreso quedando el resto del Ejército con dos sedes, una de acabar de concluir con el Rebelde, y otra de estar exausto el Puquio que solía en otras oportunidades ser perenne.

-XI-

Es noblemente ambisiosa, la voluntad del hombre asia el objeto a que se terminan sus deseos, y por esto continuamente ansioso sólo descansa donde termina lo que intenta. El espíritu Militar es un fuego sin llama, que avivado a soplos de la tiranía que conose en el contrario, tanto más se enrarese de activo, quanto contempla con más inmediacion la usurpación de los dominios. Esta viva penetración en el Señor Marqués junta con la fina voluntad de propagar el Imperio a su Augusto Monarcha, era un estímulo de dos filos, que buelto en harpón por el amor le anciaba más, y más a sujetar a la obediencia aquel Rebelde, que bárbaro en todo, ha saquidido no menos el yugo de la Ley, que el vasallage.

Por esto, después de haver oydo Missa el día 20, esforzando los clamores con las humildades del ruego, se siguió la Marcha con el orden de guardar silencio en el camino, y no disparar Arma alguna, pena de ser pasado por ellas el inobserbante, para que si acaso huviessen algunas Espías del Yndio por el Bosque, se pudiesse nuestro Ejército aprovechar de las noticias defraudando de ellas en tiempo al adversario.

Llegó el Ejército al sitio de Naranjuyoc, dos leguas de distancia de la partida, y una de Ocsabamba, lugar destinado para manción y alojamiento, y allí su Señoría despachó el siguiente al Ayudante General Don Francisco Basterrechea, y los Capitanes Don Joaquín de Velapatiño, y Don Joseph Martinez Gamarra, para que con un piquete de 90 hombres, sitiassen la Hazienda de Ocsabamba, prendiendo la gente que allí huviesse para lograr dos beneficios del pillaje, el uno saber las preparaciones y situaciones del Rebelde, y el otro disminuirle los auxiliares, y aunque para esta empresa fue destinado únicamente el dicho Ayudante General, venció el ruego de los dichos Capitanes, el noble ánimo de su Señoría, licenciándolos para una empresa, que tenía bastante de honor, y mucho de peligro.

-XII-

Premeditar antes de los susezos los acasos es regla Capital de la prudencia, y embestir sin reflexión en los peligros es más parto de la barbaridad, que del valor, y assí en bes de producir estos arrojios, un aborto feliz en las Campañas, suelen engendrar un Monstruo de fatalidad en los Exércitos, muriendo antes, más a los filos de su temeridad, que al golpe de los Enemigos. Considerado esto por su Señoría, continuando su Marcha el día 21, hizo alto como ocho quadras de distancias de la Hazienda de Ocsabamba, esperando adquirir noticia allí, del efecto que huviesse tenido el sitio de los 30 hombres destacados, para que según él, se pudiesse resolver lo conveniente. Llegó ésta, y participando al Señor Marqués, no haverse encontrado Espía alguna, determinó su ingreso asia Ocsabamba, haziendo la Marcha a pie como la antesedente. Alojóse el Exército, dibidido en partes en el Monte, porque la inmediacion de unos a otros, pudiesse ser socorro, y sirviesse de prebención aun el descanso, mas con tal recato y silencio, que no fuesse el rumor índice de la llegada.

Dificultaba mucho el paso para la Hazienda de San Joseph el Río de Ocsabamba, que corría caudaloso por aquella Sierra, y allí dispuso su Señoría, que luego que apuntasse la Luna, subalterna del Sol para la noche, saliesse el Ayudante General Basterrechea, con 50 hombres, para que con los prácticos, buscase bado al Río menos estrecho, y más seguro, y encontrado, se abansasse a la Hazienda de San Joseph, para lograr alguna Espía de la otra banda del Río, mas no pudiendo este trancitarse, por la copiosa abenida de sus aguas, volbió desconsolado a dar su abiso. Oydo este por el Señor Marqués, mandó volviesse a la jornada, la que emprendió el dicho General, a la una de la noche separando su infatigable zelo, y tenás constancia al Reál servicio, las dificultades que ofrecía, lo áspero del terreno, la frialdad de la noche, y lo desacostumbrado del camino, y para que esta facción no perdiessse la utilidad que prometía, salió en consorcio de dicho Ayudante General, el Governador Don Benito Troncoso (que siempre era el primero en lo más arduo) y el mesmo Señor Marqués, y juntos todos llegaron a orillas del Río, y haziendo cortar los maderos inmediatos, cuyo golpe disimulaba el ruido del torrente, que precipitado de una quebrada, corría con presunciones de Mar, aun en su origen. De éstos se construyó un firme Puente, abrebiando no poco su fábrica la vida del Señor Marqués, y su presencia, quien desentendiéndose de su carácter, y Empleo, sólo se acordaba que era el principal, para ser el primero en la fatiga, y assí antes de amanecer el día, ya estaba concluido a toda perfección el Puente, causando no poco asombro, ver luego que aquél rompió enteramente, acabada la obra sin ser sentidos del contrario.

A la misma ora pasó el Ayudante General, a ocupar con su gente la Hazienda de San Joseph, y no hallando Espía ni bestigio hecho por el Derrumbo, a la Playa opuesta de Chanchamayo, por ver si allí pudiesse descubrir algún Indio.

Dio luego orden su Señoría, se siguiesse la Marcha a la Hazienda de San Bernardo, tres leguas de distancia de Ocsabamba, dejando destacados 25 hombres, al comando del Alferes Don Balthazar Martínez, para que incorporándose con el Sargento Talabera, se dirigiessen al Pueblo de Quimiri, escoltando con esta nueva guarnición, el bastimento, y allí fue menester para formar el alojamiento, rozar primero un trecho considerable, donde se pasó la noche descansando del afán sobre las Armas.

-XIII-

Llegó el día 22 de Julio, que fue el destinado para la sorpresa del Pueblo de Quimiri, donde se discurrió alojado el Enemigo, y preparándose la Marcha para la media noche, por no ser sentidos, llegó de Expresso el Sargento Joseph Montejo, con una guarnición de 40 hombres trayendo una carta del Capitán Don Juan de Herrans, para su Señoría, en que le participa que, haviéndose hallado el 20 por la tarde, una legua de distancia de Quimiri, haziendo junta de Guerra con los demás Oficiales, resolvió dar el asalto, a la madrugada del siguiente, porque siendo el sitio desembarazado, no fuessen antes descubiertos de los Indios. Resolbióse la facción, y destinó la Compañía del Capitán Don Juan Joseph de Gurmendi, para que abansase sobre la izquierda a la banda del Monte, a Don Juan Joseph Suasnabar, con la suya asia la derecha del Río, y acometiendo él por el frente, se diesse un mismo punto por todas partes el abanze. Correspondió a la determinación la gloria de la empresa, pues acometidos en esta forma los contrarios, hizo 29 prisioneros, entre grandes, y pequeños murieron 9 que salieron en fuga arrebatada, encontrando antes el filo, que el sendero.

Alborosó en gran manera esta noticia a su Señoría, y todo el Ejército, pues en ella, se lograba lo que tanto se había pretendido, de conseguir espías, que diessen noticia del Tirano, y como se sitió de tal suerte el Pueblo, que no escapó alguno, que la diesse de la llegada de nuestro Ejército, creció al doble el regosijo. Aumentóse éste, con lo que añadió el Sargento, de que passando el día 21 antesedente en busca de su Señoría, asia Ocsabamba, por el camino que llaman del derrumbo, vio en la Playa de Chanchamayo, una Balza con tres Indios, hízoles fuego, por ver si los prendía, y no pudiéndolo conseguir,

intentó matarlos, lo que executo en uno, huyendo los otros dos heridos asia el Monte. Assimismo expressó, haver encontrado al Ayudante General Basterrechea, con su gente en el sitio de Chanasa, y que con el abiso que le havía dado de el asalto de Quimiri, continuaba a todo paso su marcha para el Pueblo, sin haver encontrado Espía alguna

Enterado de todo el Señor Marqués, dirigió la Tropa para Quimiri, y por dar lugar el Terreno, se formaron las Compañías antes de la entrada y dando abiso las Caxas, y Clarines, dio vista al Pueblo del Exército formado, en cuya Plaza, lo estaban también, las Compañías del dicho Don Juan de Herrans, y entrando en ella la Tropa, fueron ocupando los pueblos que según orden les pertenecían. Rodéola toda su Señoría, manifestando en lo alegre de su semblante, el júbilo que depositaba el pecho complaciéndole, no sólo de ver logrados sus dictámenes, sino también del honor con que sus nobles Capitanes, habían sabido reducir a práctica los preceptos, pues el ser baleroso en las ocasiones, es otro espíritu de Milicias, que no lo previene la suerte si no lo adquiere la reflexión. Aquí fueron recíprocos los parabienes de todos, y universal el aplauso, a que ayudó no poco el descansa de los Clarines, que emulando el son de las Campanas, formaban un acorde rumor de dos órdenes, continuando en ambos Bronzes. Lisongeaba la vista la llanura de la Plaza, que era con corta diferencia, un remedo puntual de la de Lima, donde entretegidas las nebasdas margaritas, con las violetas más hermosas (que en el patrio idioma llaman siemprevivas,) la bariedad de los Uniformes, la generosidad de los Brutos, y reglada distribución de las Esquadras, hazían sino un vistoso Vergel, al menos una florida primavera.

Tocó a recoger el Phífano, y la Caxa, y su Señoría mandó que en las Rancherías que formaba el quadro de la Plaza, se fuessen alojando las Compañías por su orden. Tomó para el suyo el Rancho donde habitaba el Rebelde, desde donde pasó personalmente a ver los prisioneros, sirbiéndoles de consuelo (si puede haver alivio en las desdichas) la natural, afabilidad del Señor Marqués, que ya que los aerrogaba en la Cadena les quería hazer, menos pesado el cautiverio con su vista, mandando al que corría con las proviciones, le diessen a cada uno ración correspondiente para su alimento.

Después de estar en su alojamiento el Exército, dispuso su Señoría un Expresso para S.E., dándole puntual relación de lo acaesido, y para que no peligrase el conductor en el camino, destinó 6 hombres bien armados, para que condugesen el pliego hasta Tarma, a entregar al Theniente General Don. Andrés Barrientos, para que con toda anticipación, lo hiziera poner en mano del Señor Virrey, lo que se cumplió con toda exactitud.

Llegaron las Cargas, y bagages, sin novedad alguna con su escolta, y bastimentada toda la Tropa, a la proporción de cinco días, llamó su Señoría a junta de Guerra los Xefes, y Oficiales, para resolver, si sería conveniente, que el mismo Capitán Don Juan de Herrans, pasasse con su destacamento al Pueblo subseguente de Nijandaris, y otras cosas consernientes a esta Expedición, y haviéndose resuelto que saliesse se le dio por Compañero al Ayudante General Don Francisco Basterrechea, para que con los Soldados del Capitán Don Joseph de Suasnabar, (que al presente se hallaba gravemente enfermo) se hiziesse más fuerte el destacamento, y más seguro el abanze, por estar en Tierra de Enemigos. Puciéronse a punto de marcha, y antes se les dio el orden, de que no esperándose la reducción de aquel Rebelde, y sus Sequases, no diessen quartel alguno, destruyendo enteramente el Pueblo, quemando sus havitaciones, que si algunos Vecinos se encontrassen, los reduxessen a prición, y en caso de resistirse los matassen.

Assimesmo, ordenó su Señoría, se mantubiessen, Cuerpo de guardia al deredor del Pueblo, con sentinelas abansadas, y en sus entradas, piquetes dobles, para que allí en qualquier rebato, estubiessen prompto el socorro constando menos el resistir la entrada al Enemigo estando fuerte, que el expelerlo de la Plaza una ves dentro. Alternábanse las Guardias, Sentinelas, y piquetes, según el orden Militar, en sus oras aconstumbras, cuya obserbancia duró puntual todo el tiempo que existió la Tropa en aquél Pueblo. Llegó la noche, y no haviendo cosa particular, la passaron con a quella vigilancia que pedía el terreno.

-XIV-

Resuelta la Expedición que anteriormente se ha mencionando, salió el Capitán Don Juan de Herrans, y el Ayudante General Don Francisco Basterrechea, con la gente de su comando, el día 23 para el Pueblo de Nijandaris, y a poco tiempo de la marcha, volvió Expreso a su Señoría dándole aviso de haverse notado en el camino muchas huellas, y bestigios de Indios Chunchos, cuya estampa manifestaba enderesarse al Pueblo de Quimiri, en fuga arrebatada, no obstante lo qual, mandó su Señoría, siguiesse sin novedad la Marcha su destino, lo que se executó sin haver otra digna de reparo.

-XV-

Amaneció en el alojamiento de Quimiri el día 24 de Julio, a cuya luz empossó a examinar la gente del Ejército, la fertilidad del terreno, su situación, Se-

menteras y Rancherías, y noticiando de ello a su Señoría, después de haver dicho Missa, la, que oyó toda la gente, se destacaron 20 hombres de cada Compañía, cuya mayor parte componían los Indios y Arrieros, que conduxeron el bagaje con orden de que talassen los Sembrados, y arruinassen las Chacras que se componían de frutos del País, y como en ellos se podía sebar el apetito, fue prompta la execución de este mandato volviendo a sus alojamientos cargados de despojos comestibles, cuyo sasón, y hermosura, causó admiración a todo el Ejército que participó de ellos por la abundancia con que se cargaron.

Allí estaban, quando a distancia de una legua, en la cumbre de un serro, que serbía de frontera, se descubrió un plumage, o penacho de espeso, y denso humo, que manifestaba ser grande la hoguera que lo producía, pues en tanta altura donde era preciso que soplasen el viento con más furia, transcendía en forma piramidal mucho el patio hazia la Esphera. Incitó esta novedad, alguna curiosidad en los Soldados, y mucho más en el Capitán D. Francisco Zenteno, que acordándose de sus nobles progenitores, a quienes debió mucha parte del Reyno, su conquista, no quería degenerar de su linage, y parese que haziéndose subsección el valor, era más pariente por el esfuerzo, que por la Sangre, por lo que pidió a su Señoría fiasse de su conducta aquella empresa Condesendió gustoso, y con un destacamento de 25 hombres, partió presuroso asia el Serro, donde haviendo llegado, sólo hayó resientes huellas, que informaban, la fuga de los Indios, que adbirtiendo sin duda la subida del famoso Capitán D. Francisco, desampararon el sitio, temerosos de su ruina. Sintiólo mucho el noble Capitán, por ver desmentida, la ocación que le apuntó la fuerte a sus esfuerzos, y acusando de impia a la fortuna, conoció que esta haze dichosos, quando quiere, volviendo tan marchito, a presencia de su Señoría, que en sólo su semblante, leyó la inutilidad de la jornada. A este tiempo, asomaba la noche sus negros tafetanes, y siendo estos infausto refugio de los delinquentes mandó su Señoría se recogiesen a sus Cuarteles, por que la disperción, y desbarato, no dicesse ocación a los Indios de un insulto, pues podía suseder, que emboscados entre las mismas arboledas, lograsen con la propia desprecenciación, el vencimiento de los nuestros, y siendo la traición cobarde, debía recelarse en todo su embestida

-XVI-

Casualidades ay, que traen con sigo su fortuna, o bien porque la concurrencia de accidentes, formó toda la substancia de la dicha, o porque el Planeta dominante en aquel signo, se desató en veneficos influxos, para el acierto. Tal fue el auspicio que nos vino el día 25 con Santiago, aquel que siendo Patrón

jurado de las Españas, se trajo con su instituto, su tutela. ¿Cómo no había de ser todo felicidad este día, si estaba asegurada toda la gloria en el Escudo? Ser la facción de las Armas de Castilla, y no mostrarse Santiago Favorable, era como imposible a su clemencia, que tantas veces testimoniada en el Mundo, ha pasado desde sagrado aguero, hasta evidencia. Quiso el Señor Marqués celebrar su festividad al Protetor, con la mayor solemnidad, que permitió la desprevencion en un decierto, y así mandó que huviesse tres Missas aquel día, aumentando con esse imcruento Sacrificio, la gloria accidental del Santo Apostol, reserbando sólo la del Padre Capellán, para el medio día, porque si acaso llegasse el destacamento, que le había despachado a Nijandaris, no se pribassen de este consuelo los Soldados; mas, viendo que tardaban, dio orden su Señoría, para que la digesse.

Después que se celebraron las primeras, se continuó por mandato del Señor Marqués, la desolación de las Chacras, y sembrados, por el mismo destacamento, que en el día antes se había comensado, y antes que éste volbiese a sus Cuarteles, como a las tres de la tarde, empossó el Monte a bolber en espantosos ecos, los tiros que los fuciles estallaban en la Esphera. Percibiéronse estos, ya, asta la banda de la Sierra, ya por la parte interior opuesta a la Montaña, ya, por la Playa del Río de Ocsabamba, y coligiendo de estos estallidos, algún sangriento abanze de los nuestros, con los Indios, en que según las surtidas, buscaban en la diversidad de los lugares, la defensa, mandó su Señoría promptamente, se formasse el Ejército, al golpe de las Caxas, en la Plaza. Executóse así, y puesto sobre un poderoso Caballo, con la Espada en la mano, que más parecía montante, que cuchilla, invocando a Santiago reverente, destacó al Capitán Don Phelipe Gonzales, con Don Andrés de las Cuebas, Alferes de la Caballería, para que juntos con 30 hombres, se internassen Sierra adentro por la Montaña, por ser este el lugar donde se hacía percibir, con más instancia, el fuego de los tiros. Marcharon sin dilación, llevándose después, el orden de examinar, no menos la causa de aquel arrebató, y Playas de aquel sitio, que auxiliar a los nuestros, si se hallasse, indiferente la Campaña.

Partiéronse aquellos, y quedó el Señor Marqués, con todo el sesto de la gente, formada en Esquadrónes, esperando impaciente por oras la noticia, y sústaron los tiros, tantas llamas en su pecho, que hubiera su Señoría sido el primer estrago de sus iras, sino hubiera templado con su misma razón, sus ardimientos. Allí manejaba el Bruto, sin destino en ambos lados, como que engañaba con el partir del Caballo, su quedada, hasta que en este choque de incendios, y discursos, se entró como Embaxador, para la tregua, un Miliciano, herido de un Flechazo por el pecho, y como asomó por la parte de la Sierra,

mas pareció fama, que Soldado. Dijo éste havérsele disparado aquella saeta, al salir de una Chacra, sin ver el arco, ni la mano, pero que conoció por el Arma, al Enemigo, y deseoso de que si estaba emboscado, saliese a la Campaña, hizo aquellos tiros, para que mobidos de ellos, no menos se manifestassen los ocultos, que ocurriessen al clamor los compañeros. Apenas acabó su historia destrosada, quando llamados de los Clarines, Caxas, y fuciles, vinieron en cuadrilla, todos los que estaban esparcidos arrasando los sembrados.

No sosegó este aviso, la noble inquietud del Comandante, pues mirando como propio, el peligro de su gente, quisiera ser halado socorro en todas partes. Tardábase mucho el Capitán Gonzales, en denunciar la causa del estruendo, asia el sitio donde se destinó para su examen, y hallándose al frente de la Tropa, determinó el Señor Marques, seguirle a todo tranze; marchó pues y al llegar a la sexa de la Montaña, salieron de él dos Soldados diciendo en voses preceptibles, que aquel ruido de fuego, que se había escuchado no era enquentro, sino salba, que las Compañías de Don Juan de Herrans, habían hecho, volviendo de retirada, a sus Cuarteles, pues aunque le picó el Enemigo animoso, la retaguardia, espaborido del fuego, y del estruendo, hizo alarde de su cobardía, con la fuga; con lo que podría su Señoría retroceder a Quimiri con sosiego, pues ya quedaba incorporado, con el destacamentó de Herrans, el de Gonzales.

Hizo alto con este aviso el Señor Marqués, y a poco más de un quarto de ora, llegó toda la gente que había partido a Nijandaris, recibióla el Ejército, con aplauso universal de su llegada, y si en alguno redundó el goso, asia el semblante, fue más que todos el Señor Marqués, estrechando en sus brazos al valeroso Capitán Juan de Herrans, quien estimó esta honra como el mejor Laurel de su conquista. Retiróse el Señor Marqués acompañado de los Oficiales, a su alojamiento, dando orden, que se redugesen a sus Cuarteles, las Compañías.

Quitáronse el traje de camino, los dichos Oficiales, y vertidos en todá forma de Milicia, pasaron en numerosa Esquadra que la componían Don Francisco Basterrechea, Capitán interino de la Compañía de Suasnabar, el Theniente D. Joseph de la Concha, el Alferes Don Juan Joseph Osorio, el Alferes Don Antonio Bilchis, el Theniente Don Joseph Gasuis, el Capitán Don Juan Joseph Gurmendi; el Theniente Don Antonio Galbis, el Alferes Don Nicolás Lopes, y el Capitán Don Thoribio Ydalgo, que lo era de Partidarios, a la Tienda de Campaña de su Señoría, y tomando en ella aliento de su orden respectivo, habló D. Juan de Herrans en esta forma.

Si la suerte Señor, se midiese a proporción de los deseos, pocos hombres hubiera desdichados, pero fue la desgracia, que en reñida opocisión, los afectos, y fortuna, siguieron también opuestos los susezos. Mas feliz volviera mi rendimiento, a buestros ojos, si ausentados los Indios de cobardes, no me hubieran quitado la gloria del vencer, con su retiro. Sin duda que hubiera sido cierta la conquista, si V. Señoría no huviesse fiado de mi conducta sus Laureles, pero pues no estuvo de mi parte su sorpresa, no se queje de mí, sino de su elección. Salí el día 23, que fue el primero de mi marcha, y habiendo internado quatro leguas asia adentro, hize alto en la Playa del Río de Quimiri, desbiándome del camino real, y formando senda estraña, porque si acaso el Monte ocultasse al Enemigo, no pudiesse antes de columbrarle, ser sentido. Allí no encontramos más novedad, que la que hizieron los cadáveres barados asia la margen, y ribera, que fueron los mismos, que huyendo del asalto de Quimiri, se botaron al caudaloso Río, bebiendo en él antes la muerte, que el resguardo. Arrogelos por segunda a la corriente, mostrándome en esto piadoso, pues habiendo acabado infelizmente, debían ser las ondas su Sepulcro, no sosteniendo la tierra, a quien negó la obediencia a Dios, y su Monarcha. Seguí mi destino el 24 a Nijandaris, el que hallamos enteramente desolado, y tanto, que solo tuvo de Pueblo los vestigios, porque entregado a la ancia del fuego, por el Gobernador Don Benito Troncoso, el año de 46 cebó en su mesma resistencia, su corage. Aquí conboqué, todos los Oficiales de mi Esquadra, y haziéndoles patente, el orden de Vuestra Señoría, pedí me fuessen testigos de su cumplimiento, y como aquel no se entendió a que pasasse más adentro, de principio a mi regreso, con su venia, tomamos la buelta, y previne que el Ayudante Basterrechea, a cuyo cargo caminó hasta allí la retaguardia, dando media buelta a la derecha, llevase en Compañía de don Thoribio Ydalgo, en el regreso, la banguardia el cuerpo de batalla lo llevaba en el sentro don Juan Joseph Gurmendi, quedando a mi cargo la retaguardia. Marchamos con este orden, la buelta a Nijandaris, y a poco trecho de camino, como a las diez del día, pocos menos, nos presentó batalla el Enemigo, ocupando el mejor terreno como instruido, y hechando mano a los arcos, y a la Flechas, descargaron sobre el Esquadrón, tan espesa lluvia de ellas, que puedo dezir que oprimiendo el aire con sus tiros, más fue queja, que respiración, lo que silbaba. Acompañó esta descarga el funesto rumor de Caracoles, y Cornetas, que resonando asta lo interior del Bosque, hazían más espantoso el estruendo, con el eco reflectido, y puesto en Arma para la defenza, formamos una sangrienta escaramusa, en que pelearon con tanto ardor, Soldados, y Oficiales, que declararon sus nobles espíritus, en el combate, derramando en un quarto de ora, tanta sangre del contrario, que mudaron de color las Camigetas: murieron nueve a nuestra vista, fuera de los muchos

heridos, que refugiados en el Monte, o perecieron miseramente desangrados, o acabaron bárbaramente a poco tiempo por falta de auxilio, con sus vidas.

Mostróse entre todos, no sé si mas valiente, o temerario, el Ayudante General Basterrechea, pues atravesado por la parte superior de la Cabeza, con una flecha entró del casco, desentendiéndose de el peligro, y de la herida, cerró con más vigor con el contrario, y sacando a repetidos tiros de su Esmeril, al Indio que le causó el estrago, lo hizo menudos átomos en el viento, que no quedó memoria del Tirano. Viendo en este conflicto al Ayudante, le auxilió toda la gente, y vencidos de la surtidá, conseguimos desalojar al Enemigo, que no fue muy cobarde, pues no quedó con este abanse escarmentado, preparándonos nuevo asalto, en el paso del Río de Nijandari, el que no executaron con menos ardimiento, deseando indicar en éste, la pérdida del pasado, y assí dispararon una rociada de flechas, desde lo alto del Barranco, pero no logrando efecto alguno, volvimos sobre ellos, haziéndolos retirar a mucho espacio: quedó llano el paso, y cogimos la Playa para el Río, donde haviéndose reconosido, seis Soldados heridos del pasado reencontro, aun que sin riesgo, se curaron promptamente; allí advertí, que si astuto el Enemigo tomaba el extremo contrario del Río, al tiempo de transitar por él, era inevitable la pérdida de los nuestros, pues acometidos por la cara dentro del agua, no podían defenderse de impedidos; por esto mandé que las dos Compañías de D. Juan de Herranz, y Don Juan Joseph Gurmendi, se dessilassen por la orilla en que estábamos sobre las aguas, para que entanto pasaban las otras dos restantes, pudiesen reparar qualquier asalto que diesse el Enemigo, assí badearon con este seguro de prebención el Río, y executando lo mismo en la otra banda, pasamos los que estábamos en la ribera contra puesta. Formóse todo el Ejército, y caminamos en orden asta Quimiri, siempre con el cuidado por la espalda, y a poca distancia se ofrecieron a la vista, dos Chunchos, gravados de unos hazes de Flechas, como que iban en socorro, mas metiendo el punto al uno de ellos, el Ayudante General Basterrechea, logró tan asertado tiro, que levantándolo el impuso una bara de la tierra, suvió violento para caer más presipitado, y muerto, a vista de todos siendo assí que distaban como dos quadras de donde estábamos, huyó desfavorido el compañero, dejando las Flechas por despojo, volvimos a ver otro Chunchu a poco rato, y volvió Herranz a repetir el mismo tiro con acierto, y en continuado fuego passamos toda la Rivera, por tener muchas emboscadas, y escondijos, hasta llegar al sitio del Tambillo, donde se repararon otros tres soldados, que con los seis salieron heridos de combate, aqui pasamos la noche con la vigilia correspondiente pues dormir donde estaba tan serca el Enemigo, más podía acusarse de temeridad, que denuedo, porque assí como aquél vela en la acechansa, debe estar en pertetua sentinela la malicia. Mas como no menos que los hierros, se engarsan

uno con otros los susezos, el término de un conflicto, era principio de otro susto, tal, que pareció que no se emprendían, sino que se continuaban porque saliendo el día 25 del Tambillo (que procuramos fuese a las 6 de la mañana, porque no nos cogiese la noche en el camino) a distancia de cinco, o seis quadras de alojamiento, descubrió el Capitán Don Thoribio Ydalgo, quatro Espías, siguióles el alcance, pero burlando de él que ya les daba el Capitán, arrojando los arcos, y las Flechas, se presipitaron por una Ladera, queriendo antes ser extrago de las Laxas, que venir Cautivos al yugo del Imperio, intentando quisá salvar, aun que heridos, con la vida, para dar en sus Cuarteles abiso de nuestra marcha. Sigióse ésta a la deshilada, por no permitir más orden lo estrecho del camino, y llegamos a avistar una encañada, por donde se descolgaba un arroyo presuroso, que mintiendo seguridades en la orilla; ocultaba en el fondo los peligros. Era este, preciso paso de legua y media, a nuestra gente, y contemplando el Enemigo la bantaja del Terreno, preocupó la orilla de antemano, poblando ambas Riveras, muchos indios harmados, con sus Flechas, y como estaban coronados de vistosas plumas por las sienes, más parecían garsotas de las aguas, que enfurecido Esquadrón de combatientes, acometimosles con fuerza en ambas partes, y logrando de su misma unión, más numeroso el estrago de los tiros, conseguimos desalojarlos de la derecha, y libres por ella de la muchedumbre de Flechas, que sin orden arrojaban, continuamos el fuego asia la izquierda, donde por la terquedad del contrario, fue menester doblar más impetu, y esfuerso en el abanze, huyeron dél, que era muy constante, para ser resistido, dejando a seis muertos en el Campo, que por más que quisieron ocultarlos, no les dio lugar nuestra violencia, quedando de los nuestros, sólo dos peligrosamente heridos.

Salimos por fin de este formidable estrecho, y no menos por la mucha sangre, que dejaron de rastro en el camino, que por no haver buuelto a su porfiada resistencia, conosimos ser grande el estrago padecido, solían de quando en quando, arrojar a la banguardia y retaguardia, algunas flechas, pero como éstas las despedía, más el miedo que el valor, servía de diversión, su frenesí. De esta mutacion de sitios segua [sic.] lo pedía, o la surtida, o la retirada del Enemigo, resultó perder la derrota del Camino, y contemplándonos muy distantes del Derecho, nos ocasionó alguna confusión, el acierto de encontrarle, para esto se subió en un eminente Arbol, que entre todos descollaba, el Soldado Silvestre Carbajal, que criado en aquel País, por haverle muerto los Barbaros a su Padre, tenía tal instrucción en las entradas, y salidas de la Montaña, que exedía a los Chunchos más bersados, obserbó desde él, el terreno, sacó con mayor felicidad al camino real, toda la Tropa, del que nunca saltó a la vista el Enemigo, hizo el ultimo abanze de su esfuerso, media legua de distancia de Quimiri, en una Emboscada que descurrió pudiese ser

rémora a la marcha mas luego que reconoció la bentaja de los fusiles, desamparó el sitio prosiguiendo nuestra Jornada sin más nobedad, que haver encontrado el destacamento de Gonzales.

Fue este brebe razonamiento escuchado con atención no menos de su Señoría, que de los demás soldados y oficiales, que es propiedad de la novedad, embargar al que escucha, la atención y si en alguno hizo impresión la narratiba, fue en el Señor Marqués, que como le ablaban en su idioma, entendía muy bien las frases de la Historia, repitió en nuevas expresiones, muchas honrras, y despidiéndose de todos, mandó su Señoría, que el Sirujano del Ejército, curasse a los heridos, mas como ya lo havía executado con tanto acierto de antemano, tubo poco que añadir, el diestro Don Juan Joseph de los Santos, a sus enfermos. Descansaron todos aquella noche, que también tienen sus treguas las Campañas, y el embainar por algun tiempo las Espadas, es adquirir mayor esfuerzo el pulso, para el golpe.

-XVII-

Rayó el 26 duplicando en su Aurora los días del plazer; assí por celebrarse en él a Nuestra Señora Sta. Anna, que dio al Mundo, al Cielo, y a los Angeles, remedio, Abogada; y Reynas como porque numerando en él felizes años la Señora Marquesa de Menahermosa, concurrieron dos capítulos de júbilo, a dos azes de alegría, la que aumentó más, y más (si cabe estención en lo que es grande) la dichosa sorpresa referida.

Vistieronse para mayor pompa, de gala todos los Oficiales, y juntos pasaron al político cumplimiento que debían, y recibéndolos el Señor Marqués, con aquella afabilidad genial en su semblante, retornó con no menos atención, su político comedimiento, y dándoles assiento según sus graduaciones, al contorno de una meza, que fabricó la industria, más que el arte, obsequió la illustre comitiva, con varias fuentes de delicados dulces y figuras de maza, en que admirándose la forma, se ignoraba qual fuesse su materia, desmintiendo tanto el accidente del color, la realidad de la sustancia, que se admiró como maravilla del prodigio; acompañáronse éstas, con ricas fragrantes, y costosas bebidas que irritaban desde la copa, al gusto más dormido. Concluida la mañana, y llegado el medio día, se descubrió la mesa, con treinta cubiertos, en quienes ministradas otras tantas viandas, pareció haverse trasladado la Corte, a aquel recinto, siendo éste uno de los milagros de la magnificencia, que save dar en un decierto, sasonado al manjar, al que regala, porque como todo el costo lo haze su liberalidad, supera ésta la falta de manjares, que no encuentra, repetíase el viva el REY en voses consertadas,

y al eco de ella, formaban dulce cadencia, las Trompas, Caxas, y Clarines, que alternándose con la salva en los Cañones, era un Coro Militar cada concierto, y esto que sonaba lisonja en nuestros oydos, era una triste confusión en los contrarios, que angustiados de la desolación de su Pueblo, y de su gente, hacían melancólico compás, cada lamento. Concluida esta primera mesa sin recerba de viandas, y bebidas, se continuó en todo el Ejército, la misma diligencia, que acomodado por la Plaza en sus hyleras, conocieron en la esplendidés del convite, el amor de su Comandante agradecido, pues generoso su Señoría, hasta donde pudo, no dejó que desear al más urgente apetito.

Por la tarde expresó su Señoría, que estando ya concluido el proyecto de su entrada, se hacía presiso regresasse la Tropa para Tarma, y habiendo conferido el modo, se resolvió que la banguardia la había de llebar don Phelipe Gonzales, con los Gastadores, incorporándose con las Compañías de Don Thoribio Ydalgo, y de Don Joseph de Suasnabar en que havían de caminar los batidores. Que éstas havían de seguir el Equipaje, y bastimentos. E inmediatamente Don Juan Joseph de la Peña con la suya llevando parte de los presos, y el resto de ellos, había de caminar con la de Don Clemente Coyao, escoltada con la Caballería, cuya gente governasse D. Francisco Zenteno su Capitán, y también Don Juan de Herrans, formando otro cuerpo con la suya: que destacasse un piquete para pegar fuego al Pueblo de Quimiri, a poco rato de haber tomado la buelta, y concluida esta diligencia, marchasse delante la Compañía de Don Juan Joseph Gurmendi, que se sacasen antes de hazer pasto del fuego a queya población, dos bultos, y dos Campanas que había en la Casa que había servido de Capilla, para que conducidas a la Población Christiana, se librasen la de furia de los Bárbaros infieles, con cuyas prudentes prevenciones por ir cayendo ya la noche, se retiraron todos a sus Cuarteles, donde la pasaron con sosiego, y sin novedad digna de contarse.

-XVIII-

Ympressos, no menos en la veneración, que en la memoria las órdenes anteriores, se dio principio a la retirada, a las 7 de la mañana del día 27 causando bastante orror, aun a los mismos autores del estrago el borás fuego, que a repetidos soplos del biento, sequedad de los mangles, ojas de palma, y caña de que se componían las lavitaciones, se reduxo a ceniza, y fragil pabeza su construcción, crugiendo con tal estrépito los maderos, que parese que aun siendo insensibles, temblaban de la hoguera. Caminaba la Tropa media legua de Quimiri, quando les hizo suspender el paso el estrépito de tiros que parecían dispararse de la banguardia y denotando la novedad algún conflicto,

se adelantó con brebedad su Señoría, con todo su séquito que se había incorporado con la Compañía de Caballos, y dejándolas en su orden llegó con antelación, a inquirir en el sitio de causa del estruendo.

Ocasionólo éste, el que montando el Capitán Don Phelipe Gonzales, la cuesta de Buenavista, una legua distante de la Población quemada, llegando a la mitad de ella, descubrió en el bado de su cumbre, dos Colinas, que embidiosas de la altura del Monte que las mantenía, parese quisieron elebarse a las Estrellas. Estaba no menos la cuesta, que los fuertes, cubiertos de una paja que produce la Montaña, a cuyo bosque acogido el Bárbaro enemigo luego que conoció a los nuestros estar en la mediación de la subida sin poder gobernar los Caballos, y aun difícil el manejo de las Armas dispararon tanta multitud de flechas, que parecía que las pajas del recinto se habían conbertido en dardos; y como la seguridad de los Torreones, y difícil abanze de la Cuesta, los mejoraba en todo, manifestaban en su thenacidad vindicar en el estrecho los agravios anteriores. Enardeció al Capitan Don Phelipe, la insolencia borás de los contrarios, y despreciando en cada paso un precipicio, consiguió a vivo fuego desalojar al Enemigo, que viendo muertos tres de sus compañeros huyeron no con menos violencia, que la de la descarga, para el Monte dejando libre el paso, y tan ensangrentados los pajonales, que cambiaron en caliente púrpura, el nativo color dorado de su especie. Ganado el paso, y dueño ya de la altura, le pareció combeniente dejar allí una guarnición de sus Soldados, para que si acaso volviesse el Enemigo a hacerle fuerte en los Torreones, encontrassen a los nuestros, que le impidiessen la subida. Hizo allí alto, por haverse reconosido tres heridos, y el uno de tal peligro, que después de haverle auxiliado el Sirujano, con el bálsamo, espesífico, prevenido para la brebedad en estos lanzes, mandó se confesasse, porque el movimiento de la mula, en que era presiso subiessen los tres, por la divilidad en que los había constituido la copiosa efusión de Sangre, no le antisipasse la muerte al infeliz, y assí el R. P. Fray Pedro Domingues, esforzando con su espiritual enérgica eloquencia al doliente, le hizo hazer una confesión arrepentida.

En este intermedio, llegó todo el resto de la Tropa, continuando la Marcha todos a pie desde este río hasta el de Chanasa, como lo practicó también su Señoría, y viendo el Enemigo, (que oculto en la Montaña, obserba los movimientos del Ejército) lo que éste se había abanzado asta adelante, bolbió a hacerse fuerte en la Colina derecha, por la que al pasar Don Joseph de la Peña, y su Compañía, le hizieron nueva acometida, mas escarmentados del golpe antesedente, volvieron presurosos la espalda, perdiendo antes la vida uno de sus soldados, con cuyo estrago vien corregidos, y más escarmentados, no parecieron más en todo el día. Llegó su Señoría con toda

la banguardia a Chanasa, y haziendo alto la Tropa, para que todos se formassen, puestos en orden, se dirigió a la Playa de Chanchamayo, tres leguas distantes de Quimiri.

Acampada assí la Tropa en esta Playa, y dado los órdenes según regla militar, mandó su Señoría a las dos de la tarde se fabricasse un Puente que facilitasse el paso a la Hazienda de Chanchamayo, que está a la otra ribera del Río, en menos de tres oras, y por ella passó Don Joseph de la Peña, y su Compañía, para que estuviesse de guarnición en la otra banda aquella noche, ejecutóse assí, quedando las Sentinelas, en uno, y otro extremo con cuydado, y aunque el ingreso había sido por la parte que se insinuó, determinó su Señoría, hazer por aquí el regreso, por ebitar lo penoso de las cuestas, lo difícil de los pasos, y lo arriesgado de las Laderas.

-XIX-

Rompió el Alba sus rosados zelajes al día 28, prometiendo una felicidad en el suave rosío que apasiblemente despedía, pareciendo más brisa, que llubia su menudo aljoser, y al mismo punto se dio orden, de que las Cargas, y bagaje, transitassen por el Puente, a la otra banda, reserbando al estendido bado las Mulas, y ganado Bacuno del Ejército. Practicábase esta diligencia con aquel espacio que pide el riesgo, y peligro de las aguas, quando repentinamente cayeron disparadas del Monte algunas flechas, y por la mucha distancia perdió toda la fuerza el impulso de los arcos, acompañábanle de alguna gritería que los Indios daban desde la eminencia, pidiendo les dejasen sus mujeres, que tiranamente aprisionó nuestra sorpresa, pero dando al desprecio su queja, quedó desbanecida en el aire su instancia.

Discurriendo su Señoría, que el Puente fabricado para la Tropa, podía dar seguro paso al Enemigo determinó que las dos Compañías de Don Juan de Herrans, y Gurmendi, se quedassen emboscadas en las inmediaciones del Monte, donde a la sombra de su tupida Arboleda, se armassen los dos Cañones, abocando asia el Puente, sus horrores, para que assí combidando la seguridad a los Chunchos, que se huyeron, si intentassen seguir el alcance, fuessen abanzados de las dos Compañías, por la Playa, bomitando las Piesas, su escondido beneno, quando estuviessen más unidos en el paso. Dado este orden, siguió la Marcha su destino, al Pueblo de Chanchamayo, distaba una legua de aquel Río, rosando los Gastadores lo tupido de las yerbas, que a manera de heno, se crían en abundancia en aquél sitio, y apenas tocó la inmediacion nuestro Ejército, quando el ruido de los Cañones, causó bastante alboroso en nuestra Tropa acreditando su estallido, el estratagema meditado.

Mandó su Señoría hazer alto, y despachó al Capitán Don Francisco Zenteno, para que traxesse noticia de lo sucedido, y apoco espacio bolbió expressando haberse malogrado el pensamiento, el que hubiera salido realidad, los Artilleros sin más orden que su antojo, no huvieran disparado a tres Chunchos, que sirbiendo de espías a los que estaban en el Monte, les hacían señal de que bajasen, mas descubierta la emboscada con el yerro, viendo perdido al lanse siguieron los Capitanes hasta incorporarse con la Tropa, reprehendiendo a los Artilleros, de haverse adelantado sin orden a dar fuego a los Cañones, y admitida su disculpa, por lo rendido, hicieron todos alto en Chanchamayo, con el cuydado correspondiente a lo abierto del sitio, y que no teniendo el Puente escolta prebenida, era contingente el asalto de los Indios a la media noche.

-XX-

Con el reselo, que ocasionaban las sombras de la noche, se pusieron Sentinelas abanzadas, para precaber así qualquier rebato, pero rompiendo entre crepúsculos el día 29 con noticia que le dio a su Señoría, de estar por el ningún uso serrado de mucha brosa aquel Camino, mandó su Señoría se destacassen Don Juan Joseph Suasnabar, Don Thoribio Ydalgo, y el Alferes Don Juan Joseph Osorio, a habrir con sus Soldados el camino, executóse así, partiendo a las seis de la mañana quedando prompta la Tropa para marchar con el abiso, lo que no pudo hazer en todo el día, por lo dilatado del trecho que había de despajarse para el paso.

-XXI-

Llegó el día 30, y marchó con él toda la Tropa, con aquel orden Militar, que sufría la asperesa del terreno y al llegar la retaguardia a un Puquio, una legua distante del pasado alojamiento, tiraron los Indios algunas flechas, sin más efecto que sólo habisar con su existencia en aquellos sitios, pero disparando los Criados del Governador Don Benito, dos Cañonazos de Esmeril, asta aquella parte de donde salieron las flechas, sesaron éstas del todo sin más novedades que la que ocasionaba lo fragoso del camino, por lo que llegando la Tropa a la Caxa del Río de Tangachuco, se formó allí el acampamento sin embargo de la mucha incomodidad que ocasiona lo estrecho, y desigual del Terreno, y apenas serían las ocho de la noche, quando empesaron las nubes a descargar su concepto, con tal rigor sobre la gente, que parese que líquidas en agua, también las mesma nubes se llobían. Ynundóse todo el alojamiento, y los arroyos que la mesma lluvia iba formando, arrebataron algunas Cargas al Río inmediato, y como los de elementos de biento, y agua, no permitían

el más ligero descando al desabrigo, se pasó en vela toda la noche con la fatiga de aumentar la inclemencia el reparo presiso de las Armas, y municiones, desnudándose los Soldados porque aquellas se cubriessen.

XXII

Eternisóse la noche en la aprehensión de los dolientes, que, siempre se haze largo el consuelo, quando ha de dar todo el alibio al que padese, y assí luego que amaneció el día 31 se dio la Tropa al parbien de su llegada, pues duplican su molestia las incomodidades, con la falta del sol, en quealquier parte, registrando a sus luzes, el más proporcionado socorro en los conflictos, y quando todos estaban con este muído (sic.) para bien su Señoría tubo su descanso en el examen de la Armas, y para ver si éstas se havían humedecido, o descompuesto, mandó que sacadas las balas se disparassen, por su orden los fuciles: hízose assí, y la prontitud en el fuego, acreditó la seguridad de su Señoría, correspondiendo los ardores de la casoleta, a los de la vigilancia de Don Diego Fernandez de Ribas, Capitán de la Sala de ellas, mandóse que volviessen a cargar, y concluida esta diligencia, siguió la Marcha con el orden acostumbrado. Llegó la Tropa al paraje nombrado el Guayabal, tres leguas de distancia del Puquio, cuyo difícil camino, se compone de una empinada cuesta, no menos peligrosa a la subida, que a la bajada, pues más parece precipisio, que desenso, quedándose en la cuesta, toda la retaguardia, por cumplir con el orden de no desamparar las Cargas y ganado, el que era nesessario por lo muy fatigado que estaba, abansando a paso lento la eminencia, y como en la ora que estaban al día no podían complementar la jornada, se repitió la misma incomodidad de la antesedente, siendo los Pellones, en la oquedad de una Peña, duro albergue de su Señoría, y demás Oficiales, que sólo a imitación de su Comandante, pudieron pasar el destemple, y el trabajo.

-XXIII-

Siempre ha sido la alternación de los tiempos, variedad de las fortunas, removiéndose en el círculo de los años, la voluble rueda de su felicidad, pues si se mantubieran en un mismo ser los accidentes, ni se temiera el peligro en las prosperidades, ni se esperará el consuelo en las desdichas. Voltegea aquella su inconstante exe, a proporción de sus arbitrios, y atropellando a unos, y ensalsando a otros, carese de elección en sus destinos, al fin siega deidá del Gentilismo, que se trajo con su mismo error, su tolerancia. Llego el día primero de Agosto en que se persuadió su Señoría se mudassen con el Mes, sus infortunios, pero manteniéndose en invariable subsección la llubia, fue

presiso demorar contra el dictamen la jornada, y haziendo prebención del mismo acaso, se esperaron las Cargas, y Tropa que las conducía, porque no fuesse la lentitud de su paso, presagio de su peligro. Despachó su Señoría mensageros que trajesen noticia del estado de los Gastadores, que anteriormente habían salido a formar con las manos el sendero, por usurpar la necesidad los ejercicios, y volvieron prontamente partisipando a su Señoría, que dos leguas de distancia se descubría alguna gente en el mismo ademán de ir formando camino con las manos, con lo que se vino empeno conocimiento de que llegada a manos del Theniente General Don Andrés Barrientos, la Carta escrita desde Quimiri, deseoso de la llegada de su Señoría, ya que no pudo abrebiar los pasos enfachaba con gente los caminos, y assí le guardó a que llegassen siguiendo sin novedad el resto de la noche con las sentinelas, y escucha nesasarias.

-XXIV-

Llegó el día 2 de Agosto, anunciando felizidades en su oriente, y para celebrarlo su Señoría, con el más debido culto mandó fe dixese Missa muy temprano, presidiendo la ora de la siete, por última, y peremptoria de la Marcha, y como toda la Tropa estaba ansiosa de entrar en la Provincia de Tarma, donde o la amante felizidad de los Consortes, o el descanso del Patrio sentro la esperaba, no sufrió se le acusasse rebeldía, y allí antes que aquella, corriese los sesenta minutos de su cómputo, siguieron con alegre semblante su jornada pero con tal orden, que no olvidasse la seguridad, la disciplina. Apoca distancia de su arranque llegaron Don Francisco Collao, D. Phelipe Amado, y Don Francisco Lopes, expresando a su Señoría, quedar el camino tan fácil para el tránsito, que el más escrupuloso mellindre, sólo encontraría fatiga, pero no tropieso, y que el Río de Yanango, que podía ofrecer algún riesgo al bagaje, en sus christales, quedaba ya reparado con un puente tan seguro, que podían pasar el Equipaje, y los Caballos, sin estrañar la firmeza del terreno. Dio gracias su Señoría a los tres Capitanes, aplaudiendo su conducta, y juntos todos llegaron a Matichacra, sitio que dista cinco leguas del antesedente.

Aquí recibió su Señoría, Carta de la Provincia de Tarma, en que subleados cinco Pueblos de la de Guarauchiri, roto el freno de la obediencia, habían corrido a rienda suelta en sus furores, tomando por blanco de sus iras a Don Francisco de Araujo y Río, Corregidor, que pocos días antes había entregado el bastón de su Gobierno al Doctor Juan Joseph de Orrantia y Alberto, Colegial del Real y Mayor de San Phelipe, Abogado de la Real Audiencia, y Caballero del Orden de Santiago, al Theniente General de la

Provincia Don Joseph, Antonio de Salazar y Ugarte, y los demás Caxeros, y familiares; pasando a tanto su insolencia, que enarbolando Bandera en la Campana, cedieron sus vidas al adulto motín de los rebeldes. Hirió este aviso en lo más vivo de la lástima, así por el noble carácter de las personas referidas, como por el peligro, que amenasaba a la Capital de Lima; pues conspirados algunos de sus moradores, que hallaron en el último suplicio su escarmiento, intentaban cerrar el paso a los Correos, porque perdida la noticia, triunfasse sin oposición el desacato. Contempló el Señor Marqués, con toda vivacidad lo agudo del conflicto, y porque fuese a su proporción el remedio, mandó al Ayudante Don Francisco Basterrechea, aguardasse en aquel paraje el resto de la Tropa, y que si llegada esta, pudiesse abanzar a Carpapata, concediendo el Planeta luminoso algún desperdicio de luces a la marcha, lo executasse sin dilación; pero de no poderse lograr este intento por la distancia de las Compañías, hiciessen su acampamento en aquel sitio, marchando a toda diligencia el día siguiente, luego que el Luzero precursor, corriese los negros tafetanes al nocturno esquadrón de las tinieblas, anunciando con su misma claridad, las fogosas pías del Planeta, su venida para que así anticipando las oras, tubiessen tiempo, de poderle alcanzar en la jornada, dejando allí veinte y cinco hombres prevenidos, para que sirviessen de comboy al bastimento. Dicho esto, dio de espuelas al Caballo su Señoría; dando a entender con su misma velocidad, lo que gustaría el cumplimiento de sus órdenes, llebándose consigo al Capitán Don Francisco Zenteno con su Compañía, y como la urgencia del socorro, le calzaba alas al deseo, llegó en brebe espacio al Obrage de Llacsacaca, tres leguas de distancia de Tarma, y catorce de Matichacra. Avisó la Tropa que esperaba impaciente Herrans de su tardanza, y sin más esperar, que partir todos, llegaron a Carpapata, donde por lo tenebroso de la noche, hizieron alto, siendo ésta un penoso descanso de los Soldados; pues hirviéndoles la lealtad dentro del pecho, quisieran hallarse ya en Guarauchiri, a ser remora del orgullo de los Indios, hijos legitimos de la traición, pues olvidando la sugestión a su Monarcha, intentaban sacudir el yugo del dominio, formando sólo la livertad de su delito, sin advertir, que donde es la tiranía la conducta, se labra más pesada la Cadena, gimiendo al ronco rumor de sus eslabones, la perpetua servidumbre, que ocasionaron sus altiveses.

-XXV-

Antes que su Señoría llegasse al Pueblo de Tarma, estaban puestas espías, para que diessen prompto aviso a su Theniente General, y así luego que divisaron la Tropa, le salieron a recibir a la mediación el R. P. M. Cura, y demás personas distinguidas, arrebatando la curiosidad del Vulgo, lo luzido del acompa-

ñamiento, y lo costoso de las galas. Dieron a su Señoría discretos, y plausibles parabienes, dictados de su urbanidad, y producidos de su afecto y respondiendo a todos cortesano, entró el numeroso concurso en Tarma, donde el acorde estrépito de los Clarines, el bullicio de las Campanas, y el arreglado tiro de la fucilería de las dos Compañías, que en el frente de la Plaza estaban formadas a la vos del Theniente de Infantería D. Bernardo Villegas, poblaron de consonancia los aires, de alegría a los Vecinos, y de consuelo a los menesterosos. Entró su Señoría en el Templo, y entonando el R. P. Cura el *te Deum laudamus*: siguió todo el Hymno el concertado Coro, causando no menos ternura, que devoción, aquella rendida, y afectuosa acción de gracias, con que al Señor Fuerte de los Exércitos, tributa el poder, y Christiandad sus aclamaciones, reconociéndole humildes, por el Soberano Autor de las Conquistas; y concluida esta reverente primer festiva obligación, pasó su Señoría a su Casa, en donde repetidos los parabienes, hizieron ver las afectuosas demostraciones, cuánto amaban a su Gobernador aquellos Pueblos.

En este mesmo día, que se contó el tercero sol de Agosto, marchó la Tropa del sitio de Carpapata, y llegando al Pueblo de Acobamba, ocupó gustosa sus Cuarteles, en ellos se quedaron cinco Compañías, la de Don Juan Herrans, la de Don Phelipe Gonzales, y las tres de Milicianos, pasando hasta Tarma las dos restantes de Don Joseph de la Peña, y Don Clemente Coyao, por llevar en su comboy los prisioneros.

Por la tarde dio orden su Señoría, al Comandante D. Francisco Zenteno, para que con sesenta hombres escogidos, pasassen al segundo día a las inmediaciones de Guarauchiri, a contener el inordenado Batallón de los Rebeldes, que haziendo de su impunidad su desacato, jusbagan imposibilitado su castigo. Prevínole hiziesse su alojamiento en Yauli, cuyos Vecinos temerosos del insulto, no encontraban aun en los Montes el sagrado, pues vagando los Indios por sus simas, hallaban en los filos de la espada, antes que la piedad, el principio, muriendo infelizmente a manos de la crueldad de aquellos mesmos a quienes poco antes mandaba como Dueños, mientras que les seguían el acanse, otros cien hombres bien armados, para que unidos todos diessen sobre el Enemigo fuerte abanse.

-XXVI-

Amaneció el día quatro de Agosto, que se retardó más de lo ordinario, por que fue deseado, y luego que desplegó sus luces por el balcon del oriente, el blandón de las Esferas, salieron del Pueblo de Tarma, el Capitán Comandante D. Francisco Zenteno, y el Capitán Don Juan Joseph Arnedo, con

los sesenta hombres destinados, y quedó su Señoría con el cuydado de havilitar los cien hombres restantes para la facción, y assí embió expresso al Pueblo de Acobamba, para que los Capitanes Don Juan de Herrans, y Don Phelipe Gonzales, apresuraren su marcha para Tarma; entraron al Pueblo y mandó su Señoría al dicho Herrans, destacasse de ambas Compañías cinquenta hombres, para que juntos estos, con sesenta Milicianos, marchassen el siguiente día, siguiendo en paso apresurado al Capitán Zenteno, que iba por delante.

-XXVII-

Meditando su Señoría, que sería muy conducente a la expedición, llevar un Cañón de Artillería, mandó se preparasse, como también los vastimentos correspondientes a quatro Compañías, en lo que no se gastó tiempo alguno, por haver sobrado tanto, del que se condujo de la Montaña, que era capás de socorrer, a más crecida copia, dióse el orden, y caminaron el día siguiente.

En este mesmo, se escribió Carta al Corregidor de Jauja para que de la gente Aquartelada de su provincia, despachasse docientos hombres, a unirse en Yauli, con Zenteno, a cuyo Comando se había de sujetar su obediencia, resignando en su arbitrio la felicidad del vencimiento. Previno este instruido Capitán, que porque abansados los Indios por el frente, no burlassen con la fuga los asaltos, se esparciessen Escuadras de Soldados por las Sierras, para que cogiendo de antemano los Caminos, donde buscaban el Sagrado encontrassen el castigo.

Llegaron todos al Asiento de Yauli, pero S.E. en quien resplandeciendo el carácter de nuestro ínclito Monarcha, anticipó las providencias al socorro, pareciendo su brebedad, más ficción de la fantasía, que realidad de la existencia, había ya destacado parte de la reglada Tropa de la Ciudad de Lima, y parte de los Cuarteles, que se abrieron, 700 hombres destinados al Comando del Señor Marqués de Monterrico, Correo mayor de las Indias, y antiguo Coronel de la Tropa que para opocisión del Enemigo Anglicano, lebó el gloriocísimo, y Exmo. Señor Marqués de Villa García, cuyo balor, nobleza, y generosidad supo antes de hazer su entrada, ser remedio; pues a la noticia de que salía en persona al opócito de los Reveldes, amainaron su furia los Pueblos subledados, y formando con los auxiliares, un cuerpo de mil y quatrocientos hombres, dejó en un mes, sojugada la Provincia, dando al aire como despojo de su vanidad, los Capitales motores del tumulto, estrechándoles de tal suerte el retorcido cáñamo las respiraciones, que les saltaron éstas, aun estando a todo viento; déjolos assí pendientes, para que de muy lejos se perciviesse el escarmiento, y si alguna ves se atreviesse la traición a ser

valiente, encontrasse antes el terror, que el pensamiento, participando V.S. de igual gloria, pues también concurrió por su parte, a esta empresa.

Este es, el puntual diario, de la entrada de V.S. a la Montaña, que en veinte y siete Auroras, incluye muchos siglos de inmortalidad a su persona. Acordárase aquel Barbaro, del brazo de V. S. en sus Montañas, y le servirá de terror sólo el amago. Verá sus Pueblos debastados, más a la boracidad de su enojo, que del fuego, y le humeará escarmientos la memoria, sacando de sus tristes pálidas cenizas, el agigantado padrón de su escarmiento. Llorará infelice, al son de la Cadena que arrastrare, y se ensangrentará los pies, en los eslabones de sus yerros, haziéndosele más ronco el sonido quando más pesados. Mas como no había de gemir el Bárbaro tirano, mereciendo este Americano Imperio en la invicta persona del Exmo. Señor Conde de Superunda, todo en Escudo; será nuevo assumpto de su pena, ver postado su orgullo con lo Manso, haziéndose más inconsolable su tormento, a vista del contrario, que le dona; poco triumpho será de su Cuchilla tan vil cuello, quando es el noble carácter del vencido el más ilustre blasón del que le bence, tremolarse los siempre rojos tafetanes de Castilla, en el Clima más elado, y allí conocerán, que el rugiente León de las Españas, se haze temer de todos con el silvo, batirán al aire sus generosas Alas, las Aguilas del Español Imperio, y sólo desearán más Cabezas para más Coronas, para que assí postrados ante el Trono del Monarcha más supremo, tributen adoraciones para mayor exaltación de su grandeza, haziendo por su divinidad Misericordia que viva la Fe, y nuestro Don FERNANDO el VI en ambos Orbes.